

# El credo de las lágrimas

Alberto Toutin ssc  
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 157 - 2 de septiembre 2021



Una trabajadora de Cruz Roja abraza al migrante que ha logrado cruzar uno de los espigones fronterizos de Ceuta (FOTO: EFE)

## Tiempos para llorar

¡Qué desafiantes tiempos estamos atravesando! Y esto no solamente por lo que nos está revelando el coronavirus en cada una de nuestras sociedades, con su estela de precariedad económica, social y afectiva, sino también por lo que está sucediendo ante nuestros ojos: miles de personas huyendo de sus tierras en busca de alimento, trabajo, seguridad. Lo vemos a diario en las familias o incluso menores solos, desafiando todos los peligros naturales y de la perversión humana, buscan llegar a Estados Unidos, a Europa u a otras tierras de asilo. Como en una crónica de fracaso anunciado, miles de afganos intentan por todos los medios de huir de su patria, por el retorno del régimen talibán que se ha apoderado del país. En tanto los "señores de la sombra" seguirán haciendo sus negocios con la miseria de las personas, con la venta de armas o el comercio lucrativo de los recursos naturales. Y esto por lo que sabemos y que los medios nos dejan entrever entre sus silencios y opciones editoriales. ¿Quién habla de la guerra civil que sigue en Colombia? ¿O de los miles de muertos en México por la violencia entre los carteles de la droga? ¿O de los periodistas puestos en prisión o muertos en países que tienen horror a que salga a la luz lo que se decide en los corredores de palacios o simplemente miedo a la libertad de una ciudadanía bien informada? ¿Quién habla de los enfrentamientos en Cabo Delgado en Mozambique, donde no por casualidad se encuentra la reserva de gas natural más grande de la zona, o de las exacciones en Nord-Kivu en la República Democrática del Congo, donde una vez más las poblaciones locales son sacrificadas y eliminadas de sus tierras, donde se encuentran las minas de diamantes y los yacimientos de litio? ¿Quién

habla de los rohinyás, objeto de "limpieza" étnica de parte de las fuerzas armadas de Myanmar y que nadie quiere recibir? Y cada uno puede alargar esta triste lista de las cosas que los medios nos silencian y que se prolongan por años, ante la indiferencia planetaria.

La tierra clama ella también por desequilibrios que hemos creado y cuyas consecuencias devastadoras vuelven a encontrarnos desprovistos e inermes. Lo hemos visto en las lluvias torrenciales que cayeron en pocas horas en Alemania y en Bélgica o Estados Unidos o en los incendios que se repiten cada año en los veranos tórridos. Sabemos que esto es así, que cada año se repite, pero ello no logra modificar nuestros estilos de vida y de consumo. Tampoco aunar una agenda política global que ponga las bases seguras ya no de un desarrollo, sino simplemente de una sobrevivencia sustentable. Y junto con ello, tantos gritos de la tierra y de los pobres silenciados como en la joven nación del Sur Sudán o en las sequías que amenazan la vida de millones de personas en Madagascar. Y recientemente Haití ya golpeado por pobreza extrema de buena parte de la población y su inestabilidad política, un terremoto ha aumentado la cosecha de destrucción y muerte.

El cuadro es desolador. A juzgar por este triste y somero paisaje, me pregunto si la pandemia y sus consecuencias están haciéndonos crecer en humanidad.

### **¿En dónde está tu Dios? (Sal 43,3)**

El salmista expresa de un modo dramático la relación con Dios. Por un lado, Dios se le ha vuelto huidizo, escondido. La única huella de su presencia es un vacío, una oscuridad silenciosa. La interrogante sobre Dios se vuelve más apremiante, pues la injusticia y el sufrimiento se imponen con la fuerza desmentidora de los hechos: Dios no actúa. Y de ello se hacen eco los que se preguntan y nos preguntan -creyentes y no creyentes-: "¿En dónde está tu Dios?".

A pesar de todo, el salmista considera que su forma más adecuada de oración son sus lágrimas. Ella son su pan día y noche, el alimento de una testaruda espera de una respuesta, de un signo. Dios permanece como el último Tú al que se dirigen estas lágrimas, en nombre de la humanidad y de la tierra sufrientes.

El salmista vive así en carne propia, en el vasto registro de las emociones, el anhelo gimiente por una nueva presencia de Dios. Las lágrimas purifican los ojos de lo ya conocido de Dios. Son como una brújula que orienta al creyente a atravesar los tiempos de su silencio y de su ausencia. Tal vez, Dios se manifieste en una sorprendente cercanía, allí donde más se lo desea y menos se lo espera.

Un Dios que se deja conmover por lo que se pasa a sus criaturas, que no se complace en verlas sufrir como si fuese sádico o enfermo. Pero también es un Dios que se toma en serio la libertad y la luz que él ha puesto en cada una de sus criaturas para que, desde la aventura de su libertad, lo busquen, lo amen y lo sirvan. Así por boca del profeta Jeremías Dios invita una vez más a su pueblo a que deje sus caminos soberbios y altaneros, y se vuelva de corazón a él. De este modo, Dios vuelve a creer en su criatura y en lo que él ha puesto en ella, su libertad y su capacidad de respuesta a estos incesantes llamados. Su omnipotencia es amante y, por lo tanto, respetuosa de lo que hay de más precioso en cada una de sus criaturas, su huella, a

saber, su libertad. Y asume entonces el riesgo de esta relación y está dispuesto a padecer con su pueblo, los a menudo laberínticos caminos del amor y de la libertad; en efecto, si no oyeren -dice Dios en el profeta- "en silencio llorará mi alma por ese orgullo y dejarán hacer mis ojos lágrimas" (Jr 13,17). Dios nos vuelve a sorprender al hacerse próximo, bajo la forma de una ausencia, de un silencio para mostrar en nuestros tiempos, su amor paciente y respetuoso del caminar de sus creaturas.

En coherencia con este sentir de Dios, con este dejarse afectar por lo que pasa a sus creaturas, a la humanidad que lo busca como a tías, vemos a Jesús llorar al acercarse y ver la ciudad de Jerusalén: "¡Si también tú conocieras en este día el mensaje de la paz!" (Lc 19,41). La ciudad que lleva inscrito en su nombre, en su historia y en sus muros el anhelo de la paz, es también el principal obstáculo para su realización. Por más que los profetas exhorten a sus habitantes a volverse de corazón al Dios vivo, que resplandece a pesar de los aplastantes signos de muerte. Por más que Jesús los disponga a recibir la visita de Dios en los tiempos conflictivos de la historia, el corazón de los hombres parece impermeable. Las lágrimas de Jesús son, por un lado, una vez más la expresión de un Dios que sufre por sus creaturas, por sus decisiones que lo conducen a su propia perdición. Y, al mismo tiempo, son su confesión de fe en la bondad y en la libertad de las creaturas, bondad y libertad en las que se reconoce él mismo, el Hijo, y todos los hijos e hijas de Dios.

### **Pedir el don de lágrimas**

Las lágrimas del salmista, las de Jesús son la expresión de las lágrimas de Dios por sus criaturas libres a las que de este modo arriesgado continúa amar. Un amor que es un amor de proximidad, de cercanía, de entrar en las tensiones, contradicciones y luchas que agitan el corazón de los hombres y mujeres y hacen gemir con dolores de parto incesante al conjunto de la creación. Si es así, podemos preguntarnos ¿cuándo fue la última vez que lloramos por lo que estamos viendo ante nuestros ojos en el mundo? Y pedirle al Señor que nos dé el don de sus lágrimas, que no son lágrimas de impotencia o desilusión, sino que son lágrimas de su paciente compañía en los caminos de la aventura de la libertad humana, de su testaruda fe en la luz de bondad que habita en los corazones, a pesar de todo. Tal vez, con los ojos ya purificados con las lágrimas, veremos a Jesús en los ojos de los niños de los campos de refugiados de Lesbos, del Líbano o en los de una familia que atraviesa el Río Grande.

Fraternalmente,

Alberto Toutin ssc  
*Superior General*